Carta desde la ciudad de la necesidad

Abraham Cordero

Un susurro, unas veces cálido y otras helado, vuelve a perturbar mi pensamiento cuando más atento creo estar a mis labores. Se trata de un canto fúnebre repetido al oído: ¿por qué no has dado todavía el paso?, ¿por qué sigues sentado entre las ruinas de tu ciudad, haciendo de estas tu patria?

No sé si queda en mí fuerza alguna para resolver ese canto. Tal vez nunca la hubo. Tal vez toda mi vida no haya sido más que el aprendizaje de una imposibilidad: la imposibilidad de abandonar voluntariamente el lugar al que uno ha sido arrojado. He nacido en Babilonia. Eso, que para otros sería una metáfora, para mí es una condición civil, casi administrativa. Redacto leyes para contener un caos que no elegí, habito una lengua que no firmé, obedezco inclinaciones que me preceden, y se me exige, además, que convierta todo ello en culpa.

Usted, en cambio, me escribe desde Jerusalén.

No lo digo con desprecio. De Jerusalén envidio muchas cosas: sus piedras cargadas de promesa, sus callejuelas donde hasta el polvo parece recordar una alianza, sus hombres capaces de entrar en un templo sin pedir antes el plano de sus cimientos. Envidio, sobre todo, esa antigua confianza por la que el nombre de una calle no necesita ser explicado para que el peregrino se arrodille. Yo no puedo hacerlo. Antes de caminar por una ciudad necesito saber por qué sus calles se llaman como se llaman; antes de besar una reliquia necesito preguntarme qué clase de materia beso; antes de decir “creo” necesito averiguar quién pronuncia en mí esa palabra y con qué derecho.

No será, pues, por falta de empeño.

Usted me pregunta una y otra vez cómo es posible que aún no entienda; más aún, cómo es posible que aún no crea. Y yo, desde esta mesa de legislador babilónico, rodeado de papeles inútiles y lámparas que no iluminan a nadie, le respondo que confunde dos imposibilidades distintas. No me niego a creer como quien se niega a cruzar una puerta abierta. No permanezco aquí por orgullo, por coquetería nihilista o por ese miserable placer de llevar la contraria a los felices. Permanezco porque la puerta, si existe, no se me presenta como puerta. Se me presenta como un dibujo de una puerta trazado sobre el muro.

Podría acercarme. Podría tocarla. Podría incluso arrodillarme ante ella, repetir las palabras aprendidas, inclinar la cabeza, fingir que del otro lado viene una música. Pero nada de eso bastaría para abrirla. Usted llama elección a ese gesto. Yo lo llamo mascarada.

Mas tampoco desprecio ese teatro. Quizá toda vida humana no sea otra cosa: una sucesión de reverencias ante decorados que no hemos construido. Pero no me pida que confunda el cumplimiento exterior de un rito con el nacimiento interior de una fe. Puedo pronunciar sus fórmulas; no puedo obligar a mi alma a reconocerlas como verdaderas. Puedo visitar Jerusalén; no puedo ordenar a Babilonia que deje de latir en mis vísceras.

He aquí que comienza nuestra disputa.

Usted cree —o al menos habla como si creyera— que la fe puede ser aceptada antes de ser comprendida; que el entendimiento, humilde y obediente, acudirá después, como un hijo tardío. Yo no consigo invertir así el orden de mis carencias. No busco creer para poder entender. Trato de entender para poder creer. Y, a menos que entienda, no podré creer. Esa frase, lo sé, suena a soberbia para quien ha aprendido a desconfiar de la razón; para mí no es una proclama, sino una confesión de impotencia. Mi mente no ama aquello que no puede de algún modo reconocer. Y una verdad que mi mente no entiende queda suspendida ante mí como una estrella muerta: visible acaso, pero incapaz de calentar.

No pretendo que todos padezcan esta enfermedad. He visto hombres cruzar de una ciudad a otra con una ligereza que me parece milagrosa. Los he visto abandonar Babilonia con una maleta pequeña, sin detenerse a examinar el barro de sus botas, sin preguntar qué dioses duermen bajo los puentes, sin sospechar siquiera que el viaje pudiera exigir una anatomía distinta. Llegan a Jerusalén, se orientan enseguida, aprenden los saludos, se sientan a la mesa, llaman "casa" a lo que ayer desconocían. Dios los bendiga, si puede. Yo no sé odiarlos. Pero tampoco puedo imitarlos.

¿Acaso no preferiría usted mil turistas como yo a un vecino que nunca ha mirado de verdad la ciudad que habita? El turista, por torpe que sea, al menos se detiene ante los nombres. Pregunta. Tarda. Se equivoca de calle. Lee las inscripciones. Sospecha que el suelo no está ahí por costumbre. El vecino, en cambio, puede vivir toda una vida entre piedras sagradas sin haberlas contemplado una sola vez. Hay creyentes que habitan Jerusalén como se habita un pasillo: pasando de una obligación a otra, de una fórmula a otra, de una obediencia a otra. Se creen servidores de una luz que ni siquiera tratan de comprender. Viven, probablemente, con más descanso que yo. Pero su descanso no me parece prueba de verdad alguna.

A sus ojos, lo sé, yo no soy más que una cáscara vacía: un hombre condenado a redactar leyes para administrar el desorden, un ciudadano de lo puramente mutable, un funcionario de la inmanencia. Usted me habla de elección. Me dice que puedo cambiar de ciudad, que basta con dar el paso, que nadie me obliga a permanecer en la mía. ¡Pardiez! Si todo fuese tan sencillo, hace tiempo que habría firmado el salvoconducto. Pero ¿de qué me sirve tomar una elección ya tomada? ¿De qué me sirve mover el cuerpo hacia Jerusalén si no puedo alterar el fuero interno desde el que ese movimiento será vivido como mentira?

Ése es el punto que siempre se pierde en las apologías del salto. Quien salta no salta desde ningún lugar; salta desde una composición previa de miedos, deseos, heridas, lecturas, temperamentos, cansancios. Salta —si salta— porque algo en él ya ha sido dispuesto para el salto. Y quien no salta no permanece quieto por la pureza de una decisión soberana, sino porque la tierra se le ha vuelto pegajosa bajo los pies. El creyente llama gracia a cierta disposición del alma. El incrédulo, causa. Yo, que no quiero hacerme el neutral, sólo digo que ambas palabras señalan una misma humillación: nadie se da a sí mismo el corazón que tiene.

Por eso me irrita que la fe se me presente como si fuera una alternativa en un menú. Lentejas o herencia. Tierra o cielo. Babilonia o Jerusalén; Atenas, dirían otros, para no conceder a mi ciudad ni siquiera el derecho a nombrar sus propias ruinas. Hecha la ley, hecha la trampa; hecha la base, hecho el juego. Antes de elegir ya estamos inclinados. Antes de deliberar ya hemos sido educados por

fuerzas que no pidieron permiso. Antes de amar ya arrastramos una historia química, familiar, lingüística, teológica o antiteológica. Incluso el deseo de escapar de esa historia pertenece a la historia. Incluso mi protesta contra la necesidad forma parte de la necesidad.

No me malinterprete: no he venido a predicar quietismo. En Babilonia no podemos quedarnos de brazos cruzados. La acción se impone aunque la libertad se oscurezca. Se redactan leyes, se levantan muros, se reparan puentes, se castiga al ladrón, se consuela al enfermo, se entierra al padre, se alimenta a las hijas. La razón puede sospechar que todo gesto nace atado, pero la vida exige que actuemos como si las manos aún pudieran tomar las riendas. Tal vez ésa sea nuestra tragedia: no que estemos condenados a la necesidad, sino que la necesidad misma nos obligue a comportarnos como responsables de su condición.

Aquí, quizá sin quererlo, usted y yo comenzamos a parecernos.

Desde su elevada posición me mira como si yo estuviera hundido y usted respirara en una montaña. Pero desde donde yo lo veo ambos estamos enterrados a la misma profundidad. Usted tiene sus dogmas; yo, mis causas. Usted pronuncia "Dios" ante lo que no domina; yo pronuncio "materia" con una seguridad que también conoce sus temblores. Usted se arrodilla ante el misterio; yo lo rodeo con conceptos hasta que parece menos feroz. Ninguno ha salido del mar. Sólo hemos aprendido formas distintas de ahogarnos.

No olvide esto: también Jerusalén está a la altura del agua.

Llegan barcos desde el otro lado del gran azul. Vienen cargados de pensamiento extranjero, de promesas, de amenazas, de sistemas que aseguran haber comprendido al fin la arquitectura del mundo. En la cubierta viajan griegos, profetas, apóstoles, mercaderes, nihilistas, santos con fiebre, filósofos que miran el sol demasiado tiempo, niños que creen haber inventado la muerte porque acaban de descubrirla. Algunos son amigos suyos. Otros, enemigos míos. No importa. Todos desembarcan con la misma enfermedad: quieren enterrar una ciudad bajo otra.

Haga algo, le diría yo. Traslade Jerusalén lejos de la costa, si todavía cree que una ciudad puede salvarse de aquello que llega por mar. ¿No oyó a Platón desconfiar de las ciudades abiertas al tráfico, al comercio, a la seducción de lo que viene de fuera? Supongo que los muertos también pueden hablar. Y supongo, además, que los vivos raras veces escuchamos sin convertir la escucha en conquista.

No me mire así. Babilonia no emprenderá una cruzada estática para cruzar el mar y plantar en tierra ajena una única cruz, trascendente e incognoscible, hecha de plástico reciclado. Ya hemos visto demasiadas veces esa escena: el hombre que confunde la salvación con la administración universal de su metáfora; el piadoso que, por amor al prójimo, necesita que el prójimo desaparezca bajo su vocabulario; el reformador que no soporta la pluralidad de las ruinas y decide cubrirlas con una sola cúpula. También la trascendencia, cuando se impacienta, aprende el idioma del imperio.

Y, sin embargo, no crea que yo quedo libre de este mal.

Cuando digo que todo hecho es un hecho físico, y que los hechos físicos constituyen el todo, no estoy pronunciando una canción humilde. También ahí hay conquista. También ahí hay una ciudad que

quiere devorar a las demás. La diferencia es que mi ciudad no promete redención; promete, en el mejor de los casos, inteligibilidad. Pero incluso la inteligibilidad tiene sus sacerdotes, sus dogmas, sus hogueras discretas. Se puede quemar a un hombre en nombre del alma; se le puede reducir a ceniza, con igual eficacia, en nombre de la explicación suficiente.

Por eso mi risa no es constitutiva de victoria. Es apenas el ruido que hace una inteligencia cuando descubre que todas sus salidas conducen al centro de la cárcel. Usted quiere salvar al hombre de su finitud; yo le recuerdo que quizá el hombre sea precisamente esa finitud deseándose imposible. Y, mientras discutimos, algo en nosotros sigue pidiendo vivir, seguir, pervivir, no ser borrado. Ahí fracasan por igual el santo y el nihilista. Ahí se funda nuestra secreta comunidad trágica.

No puedo creer en su Dios, pero tampoco puedo descansar en mi negación. No puedo saltar, pero tampoco puedo dejar de mirar el abismo. No puedo aceptar la inmortalidad, pero tampoco extirpar de mí el hambre que la inventa. No puedo rendirme al Mal, al puro gasto, a la voluptuosidad de la destrucción por la destrucción, porque incluso ese gesto terminaría convertido en obra, palabra, pose, literatura. Tampoco puedo refugiarme limpiamente en el Bien, si por Bien entendemos esa economía de la utilidad que transforma toda pérdida en lección y toda ruina en proyecto. Estoy, como tantos, atrapado entre dos imposibles: el imposible de salvarme y el imposible de no querer salvarme. Atrapado en la carcoma del pensamiento, que anula mi cuerpo.

Quizá por eso escribo.

No porque espere de las palabras una salvación, sino porque el silencio me parece una mentira todavía más soberbia. Quien calla por haber vencido al lenguaje puede que sea un santo; quien calla porque el lenguaje lo ha vencido no es más que un náufrago sin botella. Yo escribo desde Babilonia como quien lanza al mar un mensaje que sabe contaminado por el agua. Las palabras no nos rescatan de aquello que nos despoja; apenas permiten que el despojo tenga forma. Y a veces una forma basta para aplazar el hundimiento.

Comprenda entonces mi situación. No soy su enemigo. Soy, si acaso, un visitante incapaz de convertirse en vecino. Iré a Jerusalén cuantas veces pueda. Me detendré ante sus puertas. Leeré los nombres de sus calles. Escucharé a quienes rezan sin necesidad de desmontar cada sílaba. Quizá incluso envidie la paz de sus gestos. Pero no me pida que llame hogar a una ciudad que mi alma sólo puede recorrer como extranjero.

Mis hijas quedan en Babilonia. No por desprecio a la suya, sino porque alguien debe responder por las criaturas nacidas entre estas murallas. Alguien debe enseñarles que una ruina no deja de ser ciudad por haber perdido la esperanza; que también entre ídolos caídos se aprende a cuidar; que no toda inmanencia es vulgaridad; que hay una dignidad pobre, casi ridícula, en seguir levantando la mesa, encendiendo la lámpara, ordenando papeles, escribiendo leyes contra un caos que no será vencido.

Visitaré a las suyas en Jerusalén. Lo haré sin prometer conversión alguna. Llevaré el cansancio de mi ciudad, sus tablillas rotas, sus dioses administrativos, su lengua mezclada, su incapacidad para rezar sin antes pedir explicaciones. Tal vez sus hijas y las mías jueguen juntas algún día en una plaza que

ninguno de nosotros supo construir. Tal vez no pregunten aún por la diferencia entre gracia y causa. Tal vez durante unos minutos olviden que toda ciudad se levanta sobre un cementerio.

Antes de eso he de salir un momento.

Si tardo, dígale usted que lo siento. No por no haber creído. Eso no habría sabido hacerlo de otra manera. Dígale que siento, más bien, no haber encontrado una forma menos áspera de permanecer. Dígale que Babilonia no sabe rezar, pero algunas noches, cuando el susurro cálido y helado vuelve a interrumpir mis labores, sus muros tiemblan como si recordaran una oración antigua. Y yo, que no puedo pronunciarla, acerco el oído a las piedras.

No le oigo a Él.

Sólo oigo el mar.